



EL IRIS.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO.

EL CULTO DE LA HUMANIDAD,

DE ANDRÉS MARIA SANTA-CRUZ.

ARTICULO 2.º (1)

El libro es una especie de manual. El autor empieza su introduccion con una profesion de fè filosófica y democrática en el estilo hinchado y declamatorio que hace medio siglo era la norma del buen gusto europeo. Hace luego una breve reseña de la marcha religiosa de la Convencion que califica de inmoral; y despues de exaltar hasta las nubes el patriotismo de los thermidorianos, cita como prueba de su ilustrada solicitud la proteccion dispensada á la secta theophilantrópica por el gobierno supremo. Las creencias católicas no podian resucitar jamás en su entender; los misterios repugnaban al espíritu de la época: las ideas morales y útiles perdian su prestigio encerradas en símbolos incomprensibles, y la caridad para dar frutos requería la luz de la discusion y la pre-

dicacion de la filantropía. El fanatismo de la edad media, la ignorancia de los sacerdotes, el apoyo prestado al despotismo por el poder eclesiástico, eran en la estraviada opinion de Santa-Cruz peligros inseparables del dogma católico. Desconociendo los inmensos servicios del cristianismo á la civilizacion, sin atender á sus creencias esencialmente progresivas, imaginaba en sus preocupaciones filosóficas que habia detenido la marcha de la humanidad. Pero aunque negaba porvenir y utilidad á la religion cristiana, rechazaba tambien el seco atheismo que hace un desierto del mundo, que desata todos los vínculos que ligan al hombre con sus semejantes. Santa Cruz amaba la moral, pero la amaba como una abstraccion bastante poderosa por sí misma para reemplazar la autoridad religiosa: ignoraba que los preceptos morales solo tienen fuerza cuando se apoyan en la religion; y que sin ella son máximas inútiles de interpretacion equívoca y dudosa. En su libro mismo escrito para recomendar las teorías filantrópicas se encuentra su mas completa refutacion.

Madrid 28 de noviembre de 1841.

(1) Véase el número anterior.
TOMO II.—22

La historia de la secta es muy sencilla. Cinco padres de familia se reunieron para fundarla: la primer asamblea tuvo lugar en la calle de San Dionisio, en una casa ocupada por un instituto de ciegos que formaron la orquesta de las ceremonias. Muchos hombres recomendables pero débiles, cansados del ateísmo y sin atreverse á restaurar la religion católica, se agregaron á la naciente sociedad. Su objeto era la conciliacion. Pretendian establecer un culto en que todos los demás se reasumiesen: pero consentar como base tres ó cuatro principios incontestables no se hace una religion ni se cautiva la imaginacion humana. Los que acataban en su corazon el catolicismo caido, desechaban las pálidas é incompletas creencias que les ofrecian: los que habian sacudido el yugo de la autoridad y de la fé, mal podian plegarse á las nuevas reglas que pretendian imponerles los que no tenian otra mision que su estravagante celo. Nada habia por otra parte mas indeterminado que la theophilantropía; hablaba en nombre de la ley natural que nadie sabe definir, porque es un compuesto de todo lo vago, indeciso, indeterminado que no tiene nombre ni explicacion en el pensamiento humano. Y aun cuando hubiese sido posible reunir muchos prosélitos, para nada servia su congregacion: los vínculos del dogma religioso crean una confraternidad efectiva que las virtudes

morales no pueden reemplazar ni sustituir. Ni aun el nombre mismo de la secta era facilmente explicable. ¿Significaba la theophilantropía el amor de Dios y de los hombres? ¿Significaba que su primer precepto era el amor de la humanidad? ¿O queria darse una sancion solemne á ese amor humano haciéndolo remontar á la idea de Dios mismo? Santa-Cruz no lo explica ni la misma sociedad queria definiciones: anhelaba por el contrario los términos mas indecisos y mas vagos, pues su fin principal era reunir en su seno los mas opuestos principios: no queria espantar á los católicos ni disgustar á los athéos.

Y claramente se vió esta tendencia cuando un periódico francés, en carta dirigida á un filósofo de Edimburgo, preconizaba los principios conciliadores de la nueva religion, echándole en cara sin embargo la exclusion que de los athéos habia hecho en su origen. La sociedad, olvidándose entonces de la primer mitad de su título, hizo un llamamiento general á todos los que no creyesen en Dios. Los hombres de principios mas opuestos se encontraron en aquella arena, y mientras solo se trató de alabar la naturaleza y de declamar contra el fanatismo, mantuviéronse unidos, sin saber á punto fijo adonde caminaban; pero cuando se trató de formular una creencia y establecer un culto, manifestáronse muchas y diversas opiniones.

Las creencias theophilantrópicas no fueron al principio mas que un catecismo de las vulgaridades que habia predicado el siglo XVIII. En medio de una multitud de máximas morales se hallaba reconocida la existencia de Dios, pero como una opinion abstracta, sin esplicar ni mencionar siquiera la naturaleza y los atributos de la divinidad. Los sectarios habian rechazado toda idea de culto, mas á medida que tomaban cuerpo sus reuniones, iban conociendo la necesidad de ligarse entre sí mas estrechamente por medio de algunas manifestaciones particulares de las opiniones que, como creencias, se imaginaban acatar. Pero cuando por primera vez emitieron algunos miembros la opinion de establecer símbolos para expresar sus ideas religiosas, se levantó un tumulto terrible, echándoles en cara su ignorancia y su supersticion. Dividióse la asamblea y estalló un cisma en la religion naciente.

Separóse una parte considerable de la sociedad que se llamó la secta del culto primitivo, y su culto consistia en no respetar ni profesar ninguno, creyéndolos todos igualmente peligrosos, ó mirándolos á todos con un desprecio igual. No se necesitaban, en su entender, testimonios exteriores, y los que gustasen de ellos podian seguir su propia inspiracion, el impulso de su inteligencia, la inclinacion de sus deseos. Siempre que no se apartasen de las reglas morales de la

theophilantropía, justas eran y buenas sus acciones. Pero lo que mas repugnaba á estos sectarios era la gerarquía de cualquier especie: la igualdad mas completa debia ser la norma de la sociedad: la fraternizacion humana no podia realizarse de otro modo, y solo la ambicion podia pretender ser superior en dignidades. Asi se vé que los partidarios del culto primitivo querian bajo el doble aspecto de la moral y de la organizacion religiosa el constante imperio de la mas desbordada anarquía.

Separadas definitivamente ambas fracciones, se hizo mas duradera y popular la que deseaba el establecimiento de un culto. Nombróse para cada asamblea un orador ó lector revestido de carácter sacerdotal: su encargo era recordar á los sectarios los deberes y las verdaderas doctrinas con que tenian que cumplir como hombres y como ciudadanos. Debian desarrollar los principios de la moral: su código era el libro intitulado el *Año religioso*, que contenia una coleccion de preceptos sacados de los libros de la época, y sobre todo de la *Moral universal* del baron de Holbach. Para nombrar los oradores y conferirles el sacerdocio existia un consejo supremo. Cuidábase siempre de elegir para el cargo sacerdotal á hombres casados ó viudos que pudiesen tener entero conocimiento de los sentimientos y necesidades de la vida doméstica, de la existencia de

una familia. Por lo demás, no había otros dogmas que los preceptos morales: los libros de los sectarios, como Santa-Cruz, reconocen la existencia de Dios pero de un modo que indica la absoluta libertad de creencia que tenían los sectarios sobre esta base fundamental. Ni aun los que lo reconocían pensaban siquiera en las relaciones que no pueden menos de existir entre la criatura y su criador. Habíanse mudado los nombres de ciertas virtudes para vestir las á la moda: llamábase á la caridad fraternidad humana, á la obediencia legítima civismo. La base fundamental de la secta era la tolerancia: no desechara absolutamente ninguna doctrina. Los theophilántropos era una reunion de filósofos que juzgaban de mal tono el atheismo, y sin creer en nada, invocaban una apariencia de religion para entretenerse con ella cuando otra cosa no les cupiese hacer. Y como la fê les faltaba, no querian mas que reposo y tranquilidad. Ningun elemento de accion existia entre ellos: era una sociedad que nacia sin vida, con ningun germen de duracion, con muchos gérmenes de muerte.

Las ceremonias del culto eran tan sencillas y frias como la misma religion. Reunida una asamblea, se levantaba al punto el orador vestido con una larga túnica blanca ceñida con un cinturon de color de rosa, uniforme y distintivo de su dignidad. Con la cabeza descubierta y

fijos los ojos en la bóveda de la sala, dirigia á Dios una concisa invocacion. Enfrente de la tribuna en que el orador se colocaba, hallábase un altar sencillo, sin otro adorno que un canastillo de flores. Entonábanse despues algunos cánticos en honor de la naturaleza, de la primavera y de la hermosura. Todas las suaves y risueñas imágenes de los goces primitivos aparecian en estos himnos que daban á la theophilantropía un carácter pastoral y de égloga, de bastante mal efecto en aquella época de grandes trastornos.

Tanta y tan especial monotonía, en una doctrina religiosa sin símbolos y casi sin manifestaciones exteriores, acabó por inspirar un fastidio universal. El culto de los reformadores perdió su primitiva sencillez cuando, durante una de las reuniones, vino un miembro á anunciar á la asamblea que un padre de familia deseaba poner á su hijo recién nacido bajo la protección del culto theophilantrópico. El orador no sabia qué hacerse porque no estaba previsto tal caso. Al fin permitió entrar al padre y tomando en brazos al niño, lo levantó hacia el cielo como en señal de ofrecerlo á Dios desde su entrada en la vida. Luego, en otra ocasion, se presentaron varios matrimonios á la asamblea para que consagrarse sus vínculos. Hiciéronlos llegar al altar y los enlazaron con guirlandas de flores. Fué preciso celebrar una ce-

remonia fúnebre, y decidióse que se pondría en la iglesia esta sencilla inscripcion: «La muerte es el principio de la inmortalidad.» Semejantes palabras no significan que la secta creyese en la inmortalidad del alma: sus libros declaraban espresamente que no se ocupaba de una cuestion que jamás habia de ser resuelta.

Tales son las nociones que sobre la religion theophilantropica han podido darnos el libro de Andrés María Santa-Cruz y los escritos modernos. Facilmente se concibe que semejantes principios nada podian tener de populares ni simpáticos. Sin consistencia, sin fuerzas, sin raíces, esta tentativa cismática hubiese pasado ignorada, como tantas otras, sino hubiese tenido á su favor la proteccion oficial del gobierno. Otro carácter la recomiendaba al estudio. En el feroz ateísmo de aquella época, la theophilantropía fué el refugio de las almas religiosas y tímidas que, necesitando un culto y unos ritos, no se atrevian sin embargo á proclamar la religion católica. Los deistas de todas clases, los cristianos mas ó menos orthodoxos adoptaron esta creencia en oposicion á los sistemas de Lalande y Cabanis. De este modo la theophilantropia fué un paso hacia la restauracion del catolicismo.—No lo creyó así Santa-Cruz que al fin de su libro anuncia la eterna exaltacion de la secta humanitaria sobre todas las antiguas re-

ligiones. De creer es sin embargo que, en su inconstancia y en su escepticismo, abjuró pronto aquellas ridículas ceremonias que representaban opiniones filosóficas en vez de creencias religiosas; y que al tocar el suelo de su patria, cansado por la fatiga y quebrantado por la miseria, sintió renacer en su corazon las semillas de la fé que habia iluminado los primeros años de su juventud, de la única fé que podia ofrecerle esperanza y consuelo en sus amargas tribulaciones.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

Exámen crítico

DEL TEATRO ANTIGUO.

AGUILAR Y LOPE DE VEGA.

(Continuacion.)

Al presentar nuestras convicciones sobre la filosofia de la poesia y de las artes, manifestamos el diverso desarrollo y fisonomía que ofrecian segun los sentimientos y costumbres de cada pais, reflejando siempre estas con mas ó menos fidelidad é idealismo en toda nacion dotada de una literatura original. El exámen que llevamos ya hecho del teatro español habrá persuadido á nuestro

lectores que él se formó de un modo popular y nacional en armonía con la historia, los recuerdos y las costumbres de España. Cuando establecidas de un modo brillante y ostentoso las monarquías absolutas de Europa, abandonaron los reyes y los altos señores la vida militar y guerrera de los tiempos feudales, el espíritu de etiqueta y de vanidad que se substituyó á la antigua libertad y algo rústica franqueza, dividió las clases irrevocablemente y las separó unas de otras. Mas como el hombre por elevados que sean su cuna y sentimientos, no puede vivir siempre sujeto á tan estrecho ceremonial, esta circunstancia y el ócio de los reyes y altos señores, introdujeron y generalizaron en sus palacios el personage del *loco*, *bufon* ó *gracioso*. Distraíanse con él de la monótona y melancólica vida producida por la falta de dignas ocupaciones, y se entregaban con el mismo á una libertad de comunicacion, que no podían lograr de otra suerte, por la dignidad y etiqueta con que vivían entre sus iguales, y la distancia inmensa que los separaba de las clases inferiores. No se debe, pues, extrañar que el gracioso haga en nuestras comedias tan distinguido papel, porque su personage se hallaba en las costumbres de la época y del país. Pero hay todavía otra razon mas fundada, que explica el carácter del gracioso en el teatro español. Este se formó, como hemos dicho y probado, de un modo popular. En las calles y plazas, en corrales y lugares espaciosos, reuniase el pueblo á oír las loas, farsas y comedias de Lope de Rueda, Cisne-

ros, Claramonte y otros poetas. La mayor parte de los espectadores perteneció en España á la plebe. Las altas clases y los críticos y literatos no dominaron jamás nuestra escena y la sometieron á su gusto hasta las reformas materiales y mejora de policia hechas en el reinado de Carlos III por el conde de Aranda y el triunfo de las doctrinas francesas en los últimos años del siglo XVIII. Los poetas españoles debieron, pues, agradar al público porque es este siempre quien domina al teatro, alienta ó desanima á los poetas dramáticos. Tiene estremada aficion el vulgo á la parte cómica y chocarrera de la vida y gusta mucho de las burlas, donaires, y sales picantes. Elevada nuestra escena al mas alto tono de grandeza y sublimidad por les costumbres caballerescas de la nacion, tuvo necesidad de descender hasta el pueblo que concurría á oír y aplaudir las comedias. El gracioso fué, pues, el personage destinado para divertir á este, y no adivinamos otra razon de crítica que la variacion de ideas y sentimientos. Con nuestro espíritu de libertad y filantropía somos hoy mas intolerantes y aristocráticos que lo fueron nuestros abuelos, y tratamos de someter las antiguas producciones dramáticas á las mezquinas ideas que hoy tenemos sobre el teatro. Sin la imaginacion, la fè y las creencias de nuestros mayores, acudimos á este, mas que para sentir, para razonar y discutir sobre el mérito de la pieza; y abroquelados con el imperio de ciertas reglas, desagradanos la menor inverosimilitud y chocarrería. No reprobamos esto ab-

solutamente, ni deseamos que la democracia actual se apodere de la escena; pero creemos injusto condenar á los poetas antiguos por haber seguido una marcha que hoy nos repugna; pues los modernos, apartándose de la misma, ninguna otra cosa hacen que lo hicieron aquellos: esto es, acomodarse á las costumbres é ideas del público que domina al teatro. No sostendremos tampoco, que no haya exageración digna de censura en el desempeño del papel del *gracioso*; mas esto no impide de modo alguno, que semejante personage estuviere en las costumbres del país, sirviere al agrado del pueblo, y abriese un vasto campo para pintar los sentimientos de la plebe y la parte cómica y poco delicada de la vida, resaltando así los contrastes, y haciendo mas vivo y variado el cuadro dramático.

Esplicado ya el personage del gracioso en el teatro español, y reseñados los caracteres generales que distinguen á Lope de Vega, pasaremos á dar las pruebas de nuestro juicio, reduciéndonos, por no ser posible otra cosa, á un corto número de sus mas célebres comedias. En la *Esclava de su galán* pintó el heroísmo en el amor: Don Juan habia renunciado una rica prebenda por el cariño de Elena, é incurrido en la indignación de su padre; y esta con el fin de corresponder dignamente á la fineza de su amante, y mitigar la ira del padre de don Juan, se finje esclava para servirle y aplacarle, como lo logra con su amabilidad y su virtud. Se respira en esta comedia toda la delicadeza de los sentimientos, y el temple herói-

co que ellos daban al carácter de los dos sexos.

En *el premio del bien hablar*, la deferencia hacia el bello sexo, el sentimiento del honor, y la discrecion y cortesania de las damas están llevados al mas sublime punto. Don Diego infamaba á todas las mugeres que veía. Don Juan de Castro no pudo en cierta ocasion oir sus injurias, desenvainó su espada en defensa del honor de aquellas, hirió á don Diego, y huyendo de sus parientes y de la justicia, vino á acogerse por casualidad y sin saberlo á la casa de la dama á quien habia defendido sin conocerla, solo por su cualidad de muger. Nada puede presentarse mas delicado que la relacion del lance, que hace á la misma.

DON JUAN.

A tal templo de hermosura,
Buscando amparo llegué,
Yo soy gallarda señora
Forastero de Sevilla,
Corona de las ciudades
Que en España, en toda Europa,
Gobierna el rey, que Dios guarde;
Que como naturaleza
Es de todos patria y madre.
Nací en Madrid, aunque son
En Galicia los solares
De mi nacimiento noble,
De mis abuelos y padres.
Para noble nacimiento,
Hay en España tres partes,
Galicia, Vizcaya, Asturias,
O ya montañas se llamen.
¡Qué turbado estoy, pues digo

En ocasion semejante
Cosas que os importan poco.
No os espanteis, perdonadme,
Que por Dios que no me turban
Pendencias ni enemistades;
El templo sí, y en su altar
La belleza de su imagen.
¿Qué os importa á vos saber,
Que descienda de la sangre
Del conde de Andresda y Lemos,
Y que la causa dilate
De la presente desdicha,
Que os ha obligado á escucharme
En vuestro mismo aposento,
Donde el sol fuera arrogante?
Sabed que vine á Sevilla,
Huyendo (mirad que alarde)
Porque á un hombre
Castigué la lengua infame.
Hablaba mal de mugeres,
Y yo que he dado en preciarne
De defenderlas, no pude
Sufrir que tan mal hablase.
Llegué á Sevilla, y la flota
(Como veis) aun no se parte.
Entretanto me entretienen
Caballeros y amistades;
Hoy vine á la Magdalena,
Y como algunos hablasen
A la puerta, me detuve,
Que ellos gustaron de bonrarme.
No salió muger de misa
A quien un don Diego, un aspiz,
Helado para gracioso,
Para hablador ignorante,
No infamase en las costumbres,
No desluciese en el talle,
No afectase en la hermosura,
No descubriese al amante.
Palabra no les decia,

Que el alma no pasase,
Que euando se habla en corrillos,
No es afrenta que se hace
Al ausente que no la oye,
Sino á los que están delante;
Porque es tenerlos por hombres
Que gustan de infamias tales;
Y hablar mal de los ausentes
Afrenta á los hombres graves.
Salió una señora indiana
Con dueña, escudero y page,
Y en viéndolo se tapó,
Dejando caer la márgen
Del manto al pecho, en lo negro
Luciendo cinco cristales.
Como cuando el sol hermoso
Por nubes opuestas sale,
Así de sus ojos bellos
Luz por las puertas de Flandes.
Pero no templó su lengua,
Que luego dijo: ¿Que trate
Mi hermano por interés
Con esta indiana casarse?
Que vive Dios que me han dicho,
Que vendió en Indias su padre
Carbon ó hierro, que agora
Se ha convertido en diamantes.
Que puesto que es vizcaino,
Para el toldo que esta trae
Son muy bajos sus principios.
¡Mal hayan Indias y mares!...
Yo no pudiendo sufrir
Palabras tan desiguales
Al valor de un caballero,
Dije: «Vuesa merced hable,
Como quien es, que desdice
De las palabras el trage;
Que es honrar á las mugeres
Deuda á que obligados nacen
Todos los hombres de bien,

Por el primer hospedage,
Que de nueve meses deben,
Y es razon que se las pague;
 Que puesto que son las lenguas
 Espadas para templarse,
 Quiso Dios que las pusiesen
 En los pechos de sus madres.»
 ¿Quién le mete en eso á él?
 Respondió descolorido.
 Yo digo «el ver que la infamen,
 Sin dar ocasion y el ser
 Hombre, que basta á obligarme.
 Cuando no naciera noble.»
 Replicó: pues oiga y calle,
 Sino sabe quien soy yo,
 Y que no es bien que se case
 Mi hermano desigualmente.
 Respondí yo: los que saben,
 Que en Vizcaya á los mas nobles
 Se les permite que traten
 Con hábitos en los pechos,
 No dicen razones tales.
 Y sin conocerla digo,
 Que el ser muger es bastante
 Nobleza, y que no es honrado
 Quien no las honra.»
 Dejádme, (dijo entonces) mataré
 Este necio, si es su amante,
 Repliqué: no la conozco,
 Pero lo que digo, baste
 Para hablar en su defensa:
 Saca la espada cobarde,
 Que donde palabras sobran,
 Temo que las obras falten:
 Saca la espada ¿qué esperas,
 Pues no te detiene nadie?»
 Pero vive Dios, que apenas
 Las dos se vieron iguales,
 Cuando pienso, que la indiana
 Vino en forma de algun ángel,

Y le derribó en el suelo,
 Sin que á tenerle bastasen
 Cuantas espadas y amigos
 Pretendieron ayudarle.
 No espere mejor suceso
 La lengua que las infame,
 Ni menos que vida y honra,
 Quien las defienda y alabe.
 Con esto quise tomar
 La iglesia para librarme,
 Y por la confusa gente
 Tomé diferente calle:
 Al revolver de la esquina
 Vi estas casas principales,
 Juzgué por ellas el dueño,
 Es imposible engañarme.
 Traigo una hermana conmigo,
 A quien doy tantos pesares,
 Que este postrero, señora,
 Temo que la vida acabe.
 Esto solamente siento:
 Hasta que la noche baje,
 Os suplico permitais,
 Que en vuestra casa me ampare,
 Para partirme á San Lucar,
 Donde á las Indias me embarque
 Si podrán llevar el peso
 De mis desdichas sus naves:
 Que tan justa obligacion
 Hará que el alma os consagre
 La tabla de este milagro,
 Que con letra de oro en jaspe,
 Diga que pudo en Sevilla
 Don Juan de Castro librarse
 Con doña Angela su hermana
 De dos peligros tan grandes.
 Y porque vea el pintor,
 Cuando la tabla señale,
 Como ha de poner la historia;
 Y pues sois la hermosa imágen

Ya me pongo de rodillas,
Para que así me retrate:
Que quien defiende á mugeres,
Bien es qué piedad alcance.

Es digna de la cortesania y sublimidad de esta súplica la respuesta de Leonarda.

La ocasion, en que os hallais,
No da lugar á respuesta,
Vuestro valor manifiesta,
Lo que sois y lo que hablais.
Esa muger que obligais,
Yo soy y palabra os doy,
Que mintió, porque yo soy
Nieta de tan buen abuelo,
Que por bien nacida al cielo
Siempre agradecida estoy.
Es de mi padre el solar
El mas noble de Vizcaya;
Que á las Indias venga ó vaya,
¿Qué honor le puede quitar?
Si le ha enriquecido el mar,
No implica el ser caballero:
Quiso honrar ese escudero
Mi padre, mas no podrá,
Que esa espada es lengua ya
Con que digo que no quiero.
Eso de hierro y carbon
Es lenguaje maldiciente:
Pero yo quiero, aunque miente
Tener en esta ocasion
Ese trato y opinion,
Para que cuando le halle,
En aquella misma calle,
Me sirva el hierro en su mengua
Para cortarle la lengua,
Y el carbon para quemalle.

Todos los personajes son nobles en

esta comedia, y contribuyen á realzar el pensamiento moral y elevado de Lope de Vega sobre la deferencia que se debe á las mugeres. El hermano de Leonarda, interesado por don Diego habia corrido á acometer á D. Juan de Castro, y diciendo don Antonio, padre de aquella, que por fin lograrían matar á don Juan, contesta la misma:

Es valiente caballero,
Tendrá amigos, no podrán.
La causa de la cuestion
Fué decir mal de mugeres
Don Diego; ¿Pues cómo quieres
Que le ayude la razon
Una sutil vanagloria?

DON ANTONIO.

¿Luego el don Juan
Defendia las mugeres?

LEONARDA.

Si señor.

DON ANTONIO.

Ese hombre tiene valor:
No hay cosa, Leonarda mia,
Mas digna de un hombre honrado:
Ser quien le mató quisiera.
Así en las venas me altera
El humor del tiempo helado.
Si supiera donde estaba,
Favor le diera y dinero:
Propia accion de caballero;
¿Quién lo bien hecho no alaba?

Don Juan de Castro pide un libro para entretener el ocio, y Leonarda hace que se le entregue como por error su ejecutoria, para que sepa que es de tan buen solar como el suyo, siendo interesante el diálogo entre la misma y su criada Rufina.

RUFINA.

Si la vista no me engaña,
A pensar que quieres vengo,
Ser con él mas que piadosa.

LEONARDA.

¿No te parece que fuera
Quien á don Juan mereciera...

RUFINA.

Dí lo demas.

LEONARDA.

Venturosa,
Sin temer tormenta ó calma?
*Porque el bien hablar, Rufina,
Es una señal divina
De la nobleza del alma.*

Don Juan pasó la noche en casa de Leonarda, y es un modelo de discreción, de galanteria y delicadeza el diálogo de ambos en su primera entrevista.

LEONARDA.

¿Habreis pasado muy mal
De aposento y de comida?

DON JUAN.

No lo he tenido en mi vida
Hermosa señora, igual.

LEONARDA.

Dar un palacio real
A vuestro valor quisiera.

DON JUAN.

Menos á mi intento fuera;
Por ser de esclava le alabo,
Que siendo yo vuestro esclavo,
Me disteis mi propia esfera.
Vine á mi centro en venir,
Donde vuestra esclava vive;
Parece que me apercibe
De que os tengo de servir.
Si aqui os puedo ver y oir,
Toda mi ventura encierra,
Todos mis males destierra,
Porque despues de no estar
En el cielo, no hay buscar
Mayor descanso en la tierra.
¿Pero qué ha de ser de mí,
Ya que en tal lugar estoy,
Si en siendo noche, me voy
De aqueste dia en que os vi?
Si tan presto el bien perdí,
Primera fue mi ventura:
No es bien el que poco dura.
¿Mas quién, Señora, pensara,
Que mis contrarios vengara
Vuestra divina hermosura?
Cual es el muerto, no acierto,
Bella Leonarda, á juzgar;
Si el no veros me ha de dar

La muerte, yo soy el muerto:
 Pensé que llegaba al puerto
 De mis desdichas, y luego
 Donde á la muerte navego,
 Con tal tormenta y rigor,
 Que quiere anegar amor
 El alma en un mar de fuego.
 ¿Qué hice yo á vuestros ojos,
 Que vengan mis enemigos,
 Cuando los hice testigos
 De mis lágrimas y enojos?
 Juzgareis que son antojos
 Decidme que me desalma
 Amor que me tiene en calma;
 Pero vuestra discrecion
 Sabe que la obligacion
 Abre las puertas al alma.
 Primero os amé que os vi.
 ¿Quién vió tan nuevo obligar?
 Y no lo podeis negar,
 Pues sabeis, que os defendí:
 Mirad como merecí
 Favores, antes de veros;
 Pero fue para perderos;
 Pues en viéndonos los dos,
 No me defendí de vos,
 Aunque supe defenderos.

LEONARDA.

Señor don Juan, si teneis
 Determinado partiros,
 Mal podré yo persuadiros
 Contra lo que vos quereis.
 Y basta que me dejéis
 Con tantas obligaciones,
 Sin decirme estas razones
 Para mas pena y dolor:
 Que no le detiene amor
 A quien deja las prisiones.

Defenderme antes de verme,
 No fué amor, nobleza fue,
 O condicion vuestra en fé
 De obligarme y conocerme.
 Pero si fué defenderme,
 Nobleza, nobleza fué
 El haberos defendido;
 Con que direis con razon,
 Que cumple su obligacion
 Beneficio agradecido:
 Vos os vais, porque quereis,
 Y algun deseo llevais,
 Pues porque quereis os vais,
 Cuando quedaros podeis:
 Al peligro anteponeis
 El angel, que en la posada
 Debe de estar lastimada:
 Mirad que estraños desvelos,
 Que os estoy pidiendo celos
 Sin amar ni ser amada.
 Dicen que la enfermedad
 Tiene la espada desnuda,
 Cuando está la vida en duda;
 Y en el ejemplo mirad.
 A matar la libertad,
 La espada desnuda entraste;
 Aunque piadosa me hallaste;
 Pero el efecto, que hicistes,
 No os lo dije, pues os fuistes
 Con mas prisa que llegástes.
 Id en buen hora á buscar
 Esa dama venturosa,
 Que estará tan cuidadosa,
 Como me habeis de dejar;
 Mirad, si quereis llevar
 Alguna cosa de aqui,
 Que os aseguro que fui
 Dichosa en que luego os vais,
 Porque si mas os tardais,
 Os llevaredes á mí.

Esta comedia ofrece lances novelescos y el interes mas delicado, porque Feliciano hermano de Leonarda, al ir á perseguir á don Juan en la posada en que se hallaba encuentra á su hermana doña Angela, se enamora de ella y abandona sus planes de venganza. Leonarda dice á Feliciano, que le ha revelado su cariño á doña Angela, que su deber como caballero es ofrecer á esta los servicios de su hermana y su casa, y así lo verifica. El padre de Feliciano sorprende en la suya á doña Angela y creyendo que los amores de su hijo con esta son causa de la resistencia opuesta por Feliciano al enlace de Leonarda con don Pedro, hermano del herido don Diego, la encierra en su aposento. Don Juan echa de menos á su hermana, y en un momento de delirio, sospecha si Feliciano habrá podido atentar al honor de la misma, dando la mas subida idea del pundonor caballeresco, el siguiente diálogo de don Juan y Leonarda.

DON JUAN.

Habla Leonarda, ¿Qué aguardas?
Hame llevado tu hermano,
Como sabe que te casas,
A mi hermana? Bueno quedo
Sin la suya y sin mi hermana.
Vive Dios, que si esto fuese
Que pienso que tal infamia
Me obligaría.....

LEONARDA.

Don Juan
Paso, y con dignas palabras
De quien creo y quien soy.

DON JUAN.

¿Qué palabras hay honradas
Donde no lo son las obras?

LEONARDA.

Mira que conmigo hablas,
Y que si eres defensor
De las mugeres, y tratas
Mal mi respeto, diré,
Que las mugeres engañas.

DON JUAN.

Leonarda si esta traicion
Procede de vuestra culpa,
Bien sabes que me disculpa
Mi honor y buena opinion;
Porque no será razon
Donde es la ofensa tan llana,
Que tengas defensa humana
Pues muy atrevida quieres,
Que defienda las mugeres
Y no defienda á mi hermana.
¿Seria buena defensa,
Que por defenderte á ti,
Me hiciese tu hermano á mi
En el honor esta ofensa?
¿Cuando tú te casas, piensa
Que ha de merecer su mano?
Pues no quiere Feliciano
Que vuestra casa alborote,
Que aunque pobre tiene en dote
Ser quien es, y yo su hermano.
Mi hermana ha de parecer,
Porque en llegando á mi honor,
No hay hermosura ni amor,
Por quien le deje ofender.

No he defendido muger
 Con mas razon en mi vida:
 Dámela si eres servida;
 Basta que de mi adorada
 Quedes, Leonarda, casada,
 No doña Angela perdida.
 Mira tu si á tu hermosura
 Igual respeto he guardado.
 Pues la espada no he sacado
 Para hacer una locura.
 ¿Mi honor puesto en aventura,
 Y yo tan cuerdo y discreto?
 Pondré la furia en efecto,
 Aunque le pese á mi amor,
 Que no es bien perder mi honor
 Por no perderte el respeto.

Es acabado el carácter de don Juan en el sentimiento delicado del honor, así como en discreción el de Leonarda que le responde:

Tente, espera, que no sé,
 Que pueda haberte ofendido
 Feliciano, y si esto ha sido,
 Satisfacerte podré:
 Yo misma te vengaré
 Yo seré tuya, si quieres,
 No te vayas, no te alteres:
 Angela me toca á mi,
 Porque he aprendido de tí
 A defender las mugeres.
 Si yo soy tuya, no es bien,
 Que de mi hermano te quejes,
 Cuando la tuya le dejes,
 Conmigo quedas tambien:
 Seré tuya, aunque me den
 Mil muertes; cierra los labios
 Mi bien, que los hombres sabios,
 Cuando se ven agraviar,

Aunque mueran por callar,
 No publican los agravios.
 A mi padre, al mundo, al cielo,
 Diré que soy tu muger.

Todo concurre en esta comedia á engrandecer el pensamiento de Lope de Vega, dando hasta al criado de don Juan los mismos sentimientos de delicada deferencia al bello sexo. Esto prueba como el genio sabe adivinar y producir las mas altas bellezas sin necesidad de las reglas. Cuando la imaginacion de un poeta se halla fuerte y profundamente poseida de una pasion ó sentimiento, todas sus ideas y espresiones contribuirán, sin saberlo él mismo á realzar el cuadro que pretende pintar. Así don Juan, al oir las últimas palabras de Leonarda, dice á su criado.

Martin, ¿Que tengo de hacer
 Entre tanto fuego y hielo?

MARTIN.

¿Qué puede darte recelo
 En tanta seguridad?

DON JUAN.

¿No sería necedad?

MARTIN.

No, sino razon prudente;
 Que si alguna muger miente,
 Veinte mil tratan verdad.
 Aman, quieren, aventuran
 Cantan, bailan, entretienen,

Solicitan, van y vienen;
 Limpian, regalan y curan;
 Nuestro descanso procuran:
 Por ellas hay tanta historia,
 Que guarda eterna memoria.
 La casa, en que no hay muger,
 Como limbo viene á ser,
 Ni tiene pena ni gloria.
 Lisonja te hago en decir,
 Que las quieras y las creas,
 Porque yo sé que desees
 Honrarlas hasta morir.
 Sin mugeres no hay vivir,
 Que aun Dios vió que convenia
 El darle su compañía;
 Que el mas valiente, que ves,
 Lloro en naciendo á sus pies,
 Pensando que las perdía.

DON JUAN.

Ahora bien, aunque no tenga
 En toda mi vida honra,
 Quiero que un injusto amor
 Espada y mano detenga:
 Don Pedro á casarse venga;
 Tu palabra quiero ver,
 Que si supe defender
 Mugeres en esta ofensa,
 Será la mayor defensa
 Fiar mi honor de muger;
 Que solo su defensor
 Aquel puede ser llamado
 Que su honor les ha fiado;
 Y su enemigo mayor,
 Quien no les fia su honor.
 Yo pongo en tí mi esperanza,
 Que no es hacer confianza
 De mugeres principales,
 Que hacerlas todas iguales

Es la mas nécia venganza:
 Cuanto les debo me acuerdo,
 Puesto que conozco ya
 Que algun maldiciente habrá,
 Que no me tenga por cuerdo;
 Con justa causa me pierdo,
 Y me obligo á defendéllas,
 Que mas quiero yo por ellas
 Quedar contento de amallas,
 Y engañado por honrallas,
 Que libre por ofendéllas.

Es notable el empeño y la facilidad de nuestros poetas por subordinarlo todo al pensamiento moral, que se proponían desenvolver en sus comedias. En esta Lope de Vega quiso hacer la apoteosis de la muger, quiso pintar toda la nobleza é hidalguía que hay en defender su pundonor contra la comun maledicencia; y un carácter tan generoso y delicado como el de don Juan de Castro, arriesga por ello mil lances y hasta el honor, que es la prenda inestimable que jamás quiere perder, concluyendo despues de la fluctuacion por fiarlo todo al pundonor de su dama. Se vé, pues que el arte y las reglas no pueden reclamar otra marcha que la seguida por Lope de Vega, porque es el genio quien adivina y produce las grandes bellezas que el arte y las reglas admiran y recomiendan mas tarde con pálida espresion.

Lope de Vega pintó, como ya hemos observado, todo lo que habia noble y sublime en las costumbres españolas; y su comedia *Las flores de don Juan*, ó *rico y pobre trocados* es una de las mas acabadas é interesantes, y donde segun nota el señor Ochoa, parece quiso agotar

todo lo que había bueno, generoso y magnánimo en su corazón para retratar el carácter de don Juan. Reducido este por el abandono y tiranía de su rico y jugador hermano á la mayor indigencia hasta hacer flores de mano para atender á una escasa subsistencia, era el objeto del cariño y de la compasión de Valencia por su pobreza, gallardía, nobleza y discreción. La condesa doña Flor, rica y bella señora, interesada por él y deseosa de conocerle y tratarle, le hace pasar por las mas estrañas y románticas pruebas para experimentar su corazón y enlazarse con él: en todas ellas muestra don Juan la discreción é hidalguía de sus sentimientos. Sus relevantes prendas le habían grangeado la estimación universal, y nada puede inventarse mas delicado para demostrar esta, que el siguiente lance referido por el poeta. La condesa doña Flor, disfrazada y noticiosa de la cortesanía de don Juan, pidió á este unos pasamanos, y entró al efecto en la tienda de un mercader. Mas como sabia la pobreza del primero, encargó á este, que nada pidiese á don Juan, y le ofreció en pago el diamante que llevaba. El mercader, al oír á la dama y al presentarle el diamante le contestó:

Ni vuestro diamante quiero,
Ni otra prenda semejante;
Que mas estimo servir
A un hombre como don Juan,
Que cuanto vale Milan;
Y si volveis á pedir,
La casa le he de fiar,
Los hijos, y la muger,

*Que la virtud ha de ser
Riqueza en cualquier lugar.*

Este rasgo de generosidad y nobleza en un mercader, es lo mas bello que podía presentarse para realzar el carácter de don Juan. Su amor á la condesa doña Flor está llevado á la delicadeza y fidelidad mas sublime; y esta comedia abunda, como otras muchas, en esas aventuras caballerescas y citas de jardín, propias de una sociedad tan poética como la española, y en la cual el amor de las mugeres no podía menos de ser altamente romántico por el recato con que vivían.

Hay una relacion tan estrecha entre los dos sexos, que la historia presenta siempre mugeres del mas subido temple, donde los hombres son fuertes y magnánimos. En Roma la época de las Lucrecias y Veturias es la época de los Brutos y de los Corolianos; y España donde el pundonor y el heroísmo eran tan frecuentes en los segundos, ofrece en las primeras la misma grandeza de carácter. Por ello se compusieron y representaron con aplauso en nuestro teatro la *heróica Antona García* de Cañizares, y las *Bizarrias de Belisa* de Lope de Vega. Esta comedia pertenece al temple grandioso, tan propio de nuestras costumbres. Enemiga Belisa del amor, y habiendo despreciado todos los amantes, se enamora repentinamente de don Juan de Cardona por haberle visto acometido en el campo por cuatro hombres, y defenderse bizarramente de los mismos. Mas el poeta no se contenta con presentar á Belisa enamorada de un

hombre valiente; si que esta, al observar el combate, se apea de su coche, toma la espada del cochero, y poniéndose al lado de D. Juan Cardona, obliga á huir á sus enemigos. Semejantes caracteres solo los tiene la dramática española, y perdonamos con placer algo de exageracion á un poeta, cuando ella sirve á realzar las calidades morales de la especie humana

Empero la comedia, donde el genio de Lope de Vega se elevó á la mayor sublimidad y que es el mas bello y brillante reflejo del honor, de la delicadeza y magnanimidad de sentimientos, es la de Sancho Ortiz de las Roelas, ó sea la Estrella de Sevilla. Esta pieza, y la de García del Castañar de Rojas son sin disputa las mas preciosas joyas del teatro español. Sancho Ortiz ama apasionadamente á doña Estrella, y es íntimo amigo de su hermano don Bustos Tavera. Doña Estrella es la mas bella dama de Sevilla, y el rey don Sancho el Bravo se ha prendado de su hermosura. Tavera cuida con la mas esquisita vigilancia del honor de su virtuosa hermana, y arroja de su casa al disfrazado monarca, que habia logrado introducirse en ella por medio de una esclava, á la cual mata á puñaladas, y cuyo cadáver coloca á la puerta del alcázar, para que sirva de aviso y terror al rey. Sin embargo, este ciego en su pasion, y creyendo á Tavera el único obstáculo á sus deseos, decide su muerte secreta. Para ello dice al valiente y leal don Sancho Ortiz, que es necesaria la muerte de un hombre, que se ha atrevido á sacar la espada contra él; y despues de alguna

duda se resuelve á ejecutar la voluntad del Rey; prometiéndole secreto, y devolviéndole en prueba de confianza la órden real, que debia escusar el homicidio. Al recibir Sancho Ortiz la fausta nueva de hallarse próximo su enlace con la hermana de Tavera, y cuando su corazon se habia abandonado al mas puro y delicado placer, viendo tan cercano el mas feliz y deseado de sus dias, abre el billete del Rey, y lee que la persona á quien debe dar muerte, es don Bustos Tavera, su íntimo amigo el hermano de doña Estrella, y el que acaba de concederle la mano de esta. Fluctua Ortiz entre el deber y el cariño y la amistad; pero ha dado su palabra y no puede desistir de cumplirla como caballero: por ello desafía y mata á don Bustos Tavera: es preciso, pide su muerte, y no quiere descubrir al Rey fiado en el pundonor de este. Doña Estrella despues de las situaciones mas trágicas y apesar de su amargo dolor, convencida de que solo alguna circunstancia irresistible le ha obligado á ser el homicida de su hermano, intenta salvar á don Sancho y lo mismo desea el Rey: pero los jueces son inflexibles, y van á sentenciarle á la muerte á pesar de la voluntad contraria del Monarca, hasta que viendo este tanto horroismo en todos, descubre su culpa y la inocencia de don Sancho, terminándose la comedia con ofrecer doña Estrella morir en un claustro, lejos del homicida de su hermano, á quien sin embargo ama perdidamente, y soltando don Sancho su palabra de enlace por el mismo sentimiento de delicadeza. Lope de Vega

en esta pieza, como Rojas en García del Castañar, se elevaron á la fuerza y profundidad dramática de Shakespeare bastante rara aun en nuestros poetas de primer orden, sabiendo ademas embellecer aquella con todo lo que habia mas noble y delicado en las costumbres de los españoles.

F. G. DE MORON.

SEGUNDA SECCION.

AMENA LITERATURA.

POESIAS

DE

DON GREGORIO ROMERO Y LARRAÑAGA.

Bajo los auspicios del Liceo artístico y literario de Madrid ha publicado el señor Romero una coleccion de composiciones que eran en su mayor parte conocidas por los individuos de aquella sociedad. Alentado por la buena acogida que recibian sus versos del público, aplicábase el autor á presentarlos cada vez mas armoniosos, mas galanos y delicados cada vez. Asi el libro del señor Romero es la historia de su imaginacion: puede seguirse paso por paso á su ingenio poético, entre la hojarasca de sus primeros ensayos, hasta la pompa y lozania de sus últimas composiciones. El mal gusto que caracteriza una parte de sus escritos era hasta cierto punto el gusto de la época. Joven y entusiasta por la literatura, entró el poeta en la senda exagerada del romanticismo francés, creyendo que

aquella escuela contenia los gérmenes de grandes adelantos y las tendencias de la sociedad moderna. Pero á medida que su talento se fortificaba con el estudio, íbase purificando el gusto del naciente escritor; y al empaparse en la lectura de nuestros antiguos autores, adquiria insensiblemente la gala de la elocucion, la riqueza de las imágenes, la pureza y la transparencia del estilo.

Pero al penetrar en ese mundo encantado que habia de robustecer su ingenio, el señor Romero no abdicó en vanas imitaciones las inspiraciones peculiares de su educacion y de su carácter. Naturalmente tierno y melancólico, apasionóse por el dulce cantor de las orillas del Tajo: Garcilaso de la Vega fue su modelo, y aunque mas rico que él, si bien no tan delicado en su estilo, arrojó insensiblemente en sus composiciones algunas de esas suavísimas medias tintas que deslumbran en el poeta del siglo XVI. Sacudiendo con energia las trabas del gusto francés que encadenaban su originalidad, sintióse mas libre y respiró mejores aires al lanzarse en la senda verdaderamente española.—Y no ha sido poca fortuna para la literatura moderna el despego que ha sucedido al entusiasmo con que fueron recibidas las monstruosas exageraciones que en nombre de la originalidad nos enviaban nuestros vecinos. En su mismo manantial se corrompian los ingenios que, llenos de fé y de vida, de pasion y de nobles ambiciones, eran mas accesibles por lo mismo á toda exaltacion de las doctrinas, á toda novedad en las formas, sin reflexionar maduramente los resultados. Por un momento pareció que el torrente de lo que se llamaba nueva escuela iba á inundarlo todo: los ingenios mas lozanos adoptaban sus caprichosos giros: á favor de la falsa y estravagante luz del importado sistema, las nulidades y las medianías adquirian facil aunque momentánea reputacion: mas desbrozado este campo, calmada la pasion del momento, y perdido el prestigio de la

moda, fué necesario partir de otros principios, olvidar lo pasado y adoptar formas mas fecundas que las de la imitación francesa. Muchos nacientes escritores no hallaron en sí mismos fuerzas para saltar la valla: algunos continuaron el culto antiguo: pocos tuvieron bastante ingenio para elevarse en la nueva carrera que emprendían. Pero entre estos pocos se halla don Gregorio Romero y Larrañaga: los desagradables giros, el extraño lenguaje de sus primeras composiciones, sensiblemente, aunque poco á poco, desaparecieron: ya en vez de la vana pompa, hay armonía: ya en vez de estravagantes hipérboles, hay tiernas y patéticas imágenes.

Distiñen dos caracteres distintos la poesía del señor Romero: la brillantez en las descripciones; la melancolía en los pensamientos. Entretiénese en pintar un caballero y recorre todas las piezas de su armadura, cuenta las plumas del airon y los pliegues de su manto; pero esta cualidad es alguna vez la causa de su defecto, porque alguna vez también cansa con la minuciosidad de tan reducidos detalles. Elevado en la contemplación de la naturaleza, el ocaso del sol, la niebla del cielo le inspiran arranques de vaga tristeza: y la vida del hombre, la vanidad de su existencia inundan su alma con pensamientos de dulce melancolía. Este es, á nuestro entender, su verdadero estilo: las entonaciones fuertes, los cantos belicosos, las amargas quejas, los acentos de desesperación producen bajo su pluma falsos ecos, hinchados apóstrofes y amanerada pompa. Mas al dirigir á la hermosura tiernos y melancólicos himnos, al cantar la apacible inquietud de los sentimientos amorosos, al estasiarse en la contemplación de una flor, en el vuelo de un pájaro, está en su terreno el poeta, despliega todos los recursos de su ingenio y las galas de su lozanía.

Vamos á citar algunas muestras para hacerlo conocer á nuestros lectores.

El de la cruz colorada.

Dime tú, el rey de los moros,
el de los bellos jardines,
el de los ricos tesoros,
el de los cien paladines,
el de las torres caladas
con sus agujas labradas,
el de alcatifas morunas,
el rey de las medias lunas,
de los reyes soberano,
el de la Alhambra dorada,
el de la hermosa Granada,
¿en dónde está mi cristiano
el de la cruz colorada?

Bellos tus moros gomeles,
y diestros son en la zambra;
discretos son tus donceles
si platican en la Alhambra:
para las justas mañeros,
para la liza guerreros,
para cabalgar airosos,
enamorando amorosos,
modelos en lo galano,
y en su apostura estremada;
pero algo falta en Granada,
y es mi donoso cristiano
el de la cruz colorada!

Empavonados arneses,
Tocas de grana, almalzares,
de plata finos paveses,
y bordados capellares,
y marlotas con borlones,
y tunecinos jubones,
y en sedas, paños labrados,
por turbantes y tocados,
realzan el aire ufano
de tu juventud preciada;
pero ¡ay! que falta en Granada
la banda de mi cristiano
el de la cruz colorada!

Hay dulzura y voluptuosidad en esta pintura de un sueño de otro sueño.

Yo soñé que te vía sobre el lecho;
De tu lengua melena el negro rizo
Velaba undoso el nacarado pecho,
Envuelto entre el ligero cenidor:
Tu cutis celestial de rosa y nieve
Era en tersura y brillantez cual nàcar;
Y tu pintura transparente y leve
Como la sombra de fugaz vapor.

La faz serena en actitud graciosa,
El escondido párpado cerrado,
Pálida y mustia la mejilla hermosa,
Trémulo el seno en convulsion cruel;
Cruzaba el pecho su estendida palma
Cual sugetando un corazon fogoso,
Que en saltos comprimidos, toda el alma
Librar queria de la cárcel de él.

Hay sentimiento y melancolía en estos versos de la *tumba de mi madre*:

¿Dó estás madre mía que así me abandonas.
Tú que eras mi arcángel hermoso de luz?
¿Por qué de mis flores las blancas coronas
Tan solo entretejen tu fúnebre cruz?

¿Por qué á mis abrazos tu pecho se esconde?
¿Por qué tus caricias no acallan mi afán?
¿Por qué á mis suspiros tu voz no responde?
¿Tu amor, madre mía, tú fè dónde están?

Y no hay quien sostenga mi trémula planta
Ya no hay quien caliente mi pálida sien;
La voz ya no exhala la débil garganta;
Sin juego se hiela mi sangre tambien.

Estas breves citas pueden dar una idea del género y excelentes cualidades de la poesia del señor Romero y Larrañaga. Otra vez nos hemos ocupado de este

jóven poeta en nuestro periódico y anhelamos nueva ocasion de celebrar sus esfuerzos literarios y los adelantos poéticos que tan sensibles son cada día en sus composiciones.

LÚCULO.

ALBUM.

LICEO. No menos brillante y concurrida que la primera, ha sido la segunda funcion en que ha tomado parte RUBINI, verificada el viernes último. Se repitió la *Lucia de Lammermoor* y se repitieron los aplausos al artista eminente y á la señora de Vega, que nos pareció aun mas sublime en su papel que el primer día. Tambien le arrojaron ramilletes de flores á la escena, tambien hubo entusiasmo en el auditorio, tambien fué completo el triunfo.

El lunes próximo, segun hemos oido, tendrá lugar la tercera funcion, que será un concierto compuesto de piezas todas escogidas.

La sesion ordinaria á cargo de la seccion de música, que debió verificarse el jueves, tendrá lugar esta noche.

TEATROS.—La comedia en tres actos titulada la *Morisca de Alajuar*; que se ejecutó en el del Príncipe la noche del jueves último á beneficio del señor Guzman, no ha tenido tan buen resultado como otras del mismo autor. Algunos defectos, que acaso no hubiera sido difícil corregir, han malogrado el éxito de una composicion que sin embargo no carece de bellezas.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.





INDICE

DE LOS ARTICULOS QUE COMPRENDE ESTE TOMO.

	PAG.
—Invasion de España por los francos en el siglo XVIII (art. 1.º)	1
—Alfonso el Casto, drama en tres actos.	6
—A los ricos (poesía).	10
—Un recuerdo.	11
—Liceo.	15
—La primera arruga (poesía).	id.
—Invasion de España por los francos en el siglo XVIII (art. 2.º)	17
—Curso de historia de la civilizacion de España.	22
—Un recuerdo.	26
—Un recuerdo (poesía).	30
—Teatro de la Cruz.—Jugar con el fuego.—El Sastre de Londres.	31
—Influencia de los periódicos en la historia.	33
—Un recuerdo.	41
—Teatro del Príncipe.—Un Cajero.—La Castellana de Laval.	45
—Liceo.	47
—Influencia de los periódicos en la historia (art. 2.º)	49
—Exámen filosófico del teatro español.	54
—Cerdan, justicia de Aragon, drama en tres actos.	57
—Movimiento literario.	61
—Invocacion á los huracanes (poesía)	62
—Estudios históricos sobre Don Fray Bartolomé Carranza (introduccion).	65
—Exámen filosófico del teatro español.	72
—Un recuerdo.	75
—Un secreto de Estado, drama en tres actos.	77
—Suspiros de amor (poesía).	80
—Estudios históricos sobre D. Fray Bartolomé Carranza (art. 1.º)	81
—Exámen filosófico del teatro español.	87
—La Malibran García.	89
—Al distinguido artista D. Antonio Maria Esquivél (poesía).	94
—Estudios históricos sobre D. Fray Bartolomé Carranza (art. 2.º)	97
—Exámen filosófico del teatro español.	103
—Cuentos históricos, leyendas antiguas y tradiciones populares de España.	107

—Suspiros de una serrana (poesía).	110
—Estudios históricos sobre D. Fray Bartolomé Carranza (art. 3.º)	113
—Exámen filosófico del teatro español.	119
—Poesías andaluzas.	124
—Estudios históricos sobre D. Fray Bartolomé Carranza (art. 4.º)	129
—Exámen filosófico del teatro español.	134
—La muger.	138
—El monasterio (poesía).	142
—Estudios históricos sobre D. Fray Bartolomé Carranza (art. 5.º)	145
—Exámen filosófico del teatro español.	151
—Tesoro de los romanceros y cancioneros históricos (art. 1.º)	154
—Duelo á la señorita Doña Ana Maria Benita Lopez (poesía).	158
—Liceo.	159
—Estudios históricos sobre D. Fray Bartolomé Carranza (art. 6.º)	161
—Exámen filosófico del teatro español.	166
—Tesoro de los romanceros y cancioneros históricos (art. 2.º)	171
—Las dos campanas. Fragmento.	175
—Estudios históricos sobre D. Fray Bartolomé Carranza (art. 7.º)	177
—Exámen filosófico del teatro español.	182
—La venganza conyugal.	188
—En el album de una señorita portuguesa (poesía).	192
—Estudios históricos sobre D. Fray Bartolomé Carranza (art. 8.º)	193
—Exámen filosófico del teatro español.	200
—Esvero y Almedora poema en doce cantos (art. 1.º)	203
—La voz de la soledad (poesía)	207
—Estudios históricos sobre D. Fray Bartolomé Carranza (art. 9.º)	209
—Exámen filosófico del teatro español.	214
—Gavino.	217
—Esvero y Almedora, poema en doce cantos (art. 2.º)	222
—Estudios históricos sobre D. Fray Bartolomé Carranza (art. 10)	225
—Exámen filosófico del teatro español.	231
—Gavino (conclusion).	233
—Romance morisco.—Celinda.	240
—Estudios históricos sobre D. Fray Bartolomé Carranza (art. 11).	241
—Exámen filosófico del teatro español.	246
—La amistad del rey.	249
—Estudios históricos sobre D. Fray Bartolomé Carranza (art. 12).	257
—Exámen filosófico del teatro español.	263
—La amistad del rey (conclusion).	264
—Estudios históricos sobre D. Fray Bartolomé Carranza (art. 13).	273

—Exámen filosófico del teatro español.	278
—Brasil, consagracion del Emperador.	283
—A Carolina... (doliente) poesía.	285
—Estudios históricos sobre D. Fray Bartolomé Carranza (art 14).	289
—Bedkandir, cuento oriental	297
—Romance morisco.—Abenamar.	303
—Lord Byron.	305
—Exámen crítico del teatro antiguo.	309
—Bedkandir, cuento oriental.	315
—Manual de historia universal.	317
—El culto de la humanidad (art. 1.º)	321
—Exámen crítico del teatro antiguo.	326
—Bedkandir, cuento oriental.	332
—El culto de la humanidad (art. 2.º)	337
—Exámen crítico del teatro antiguo.	341
--Poesías de D. Gregorio Romero y Larrañaga.	354

